

HUBO UNA VEZ UN PAPA

Hubo una vez un Papa que reinó treinta y tres días,
tantos cuantos Jesús pasó en esta tierra.

Tal vez no tenga mucho sentido hablar de reinado, pues
se decidió a cambiar el trono por una simple silla,
a ser coronado con sólo la celebración de una misa
en la vasta nave de la Plaza de San Pedro transformada en iglesia,
a la que todo el mundo asistió entre sorprendido y conmovido.

Hubo una vez un Papa que fue llamado el “Papa que sonríe”,
pero que fue, él mismo, como una breve sonrisa en el rostro austero y milenario de la Iglesia,
de quien las profecías dicen que, a semejanza de la mujer fuerte,
sólo reirá en el último día,
pues la vida aquí en la tierra es peregrinación y valle de lágrimas.

Hubo una vez un Papa que sólo aceptó como insignia,
la principal y más humilde,
la que le daba, justamente como Obispo de Roma,
el pastoreo de todos los rebaños:
aquella especie de estola o collar de blanca lana de cordero
que pocos saben lo que es, y a la que se le da el nombre de *pallium*.

Imposible no pensar en una especie de cuento de hadas,
en un risueño Domingo de Ramos que se repite,
seguido de cerca por la Pasión. .
Todo el pueblo sentía que era bueno estar en su compañía
y hubiera querido armar sus tiendas en la Plaza de San Pedro
para oírlo reír, y sonreír como él,
mientras volvía a enseñar por medio de parábolas,
citando no sólo las Escrituras, los Padres de la Iglesia, y los Doctores,
sino también autores casi contemporáneos a los que él llamó “Ilustrísimos”.

Y no sólo autores, más aún criaturas de autores,
como la legendaria Penélope,
tal vez una figura de la Iglesia siempre tejiendo,
en la espera del Esposo que vuelve,
su interminable tapicería,
donde coloca hoy, como discreta joya,
la perla de una lágrima.

Hubo una vez un Papa, que, como nuestro Señor Jesucristo a los Apóstoles,
cuando abría los brazos a los niños,
tal vez llegase a crear, y con razón,
dificultades a los secretarios y protocolos del Vaticano,
necesarios sin duda para un largo pontificado,
pero no para el suyo que, posiblemente, una secreta intuición
le aseguraba ser efímero como la rosa que se abre por un día,
o como el humo que subió al cielo anunciando su elección.

Hubo una vez un Papa que partió durmiendo para no dar trabajo a nadie
o para recordarnos a todos
que el Señor puede venir de noche como un ladrón.

Hubo una vez un Papa que fue como un suave soplo de brisa
o como el beso al leproso
frente a un mundo convulsionado por drogas, secuestros, abortos y guerras,
mas, que por un instante, un breve instante,
pareció respirar aliviado y sentir la caricia maternal
de un Dios que -ya el profeta Isaías lo enseñaba-
nos ama como una Madre.

Hubo una vez un Papa que deseaba abrazar, en los dos que lo precedieron,
todo el linaje de los sucesores de san Pedro,
y los reunió en el abrazo de su nombre.

Hubo una vez un Papa que se llamó Juan Pablo I.

Río de Janeiro